

## POEMAS DE ALFREDO LEFEBVRE

En los cincuenta de **Atenea** se nos ha solicitado la colaboración de un ausente.

En verdad, Alfredo <sup>Lefebvre</sup> Lefebvre ha dejado muchos trabajos inéditos. Cosas que pensó revisar y corregir. Entre estos trabajos, un libro de poemas, compuesto en 1967.

El libro tiene por título **La Nave**, dedicado a su madre y compuesto por treinta y nueve poemas, ordenados en cinco secciones. Muchos de estos poemas tienen correcciones y variantes de su propia mano.

¿Por qué no publicó este libro? ¿Es que debía corregirlo todavía, reordenarlo? ¡Quién lo sabe! Así ha quedado, tal vez podamos publicarlo íntegro algún día.

Se le conoció como profesor de literatura, como crítico, como ensayista, tal vez como dramaturgo, pero no se le conoció poeta. Tal vez porque amaba mucho la poesía, y, un pudor, raro en él, le inhibió mostrar esta faceta de su personalidad. Su pluma corría con facilidad, encanto y agudeza. Aquí encontró la contención, el reposo de la idea, su preocupación más hondamente sentida. Su propia existencia. El trasentido de la soledad y su consuelo. Nave y piloto de altura.

Entregamos esta selección en su homenaje y el lector recoja su recuerdo siempre vivo.

Luis Muñoz G.

# I

Qué familiar estás conmigo, sombra,  
Debo hablarte; me sigues, paloma  
en todo arrullo.  
Me acompañas, desierto,  
como amada,  
como amada.  
Si fueras ángel  
y me dieras agua.  
Si fueras silencio  
y me cantarás.  
Déjame ser de carne,  
con la miel de toda tierra.  
Y el vino.  
Si fueras ángel  
y me besarás.  
Et lux perpetua luceat eis

# II

Me despido de todo lo que amé en este mundo,  
de toda su centella escondida,  
y tus dolores de parto, bella tierra.  
Ya no temo asechanzas de los astros,  
porque tengo a mis hermanos difuntos.  
Alzo la hostia y ellos claman pan.  
Alzo el cáliz y beben el vino de mi salvación.  
Mi propia muerte será el beso  
más dulce de la vida,  
y el vuelo, al fin, del océano,  
hasta el redoble triunfal de tu regreso,  
con todo el canto en la misma carne,  
con el coro de los cielos en los huesos,  
y los ojos en tu rostro para siempre.  
Entonces cada día seguirá más deseable el vuelo,  
y aunque las manos nunca lleguen,  
serán siempre caricia,  
y hasta el dedo más tierno,  
un resplandor violento.  
Oh paz ardiente, única llamada  
que expande la voz, el canto y la palabra.  
Oh mar total, invisible, del universo,  
que te vienes encima, fiera luz, aleluya.

### III

Véndame el diario de la próxima semana.  
Espero las últimas noticias.  
La caída de las últimas galaxias  
Los telescopios Omega  
han recorrido todo el universo,  
de oriente a occidente,  
sin siquiera un relámpago de plasma.  
Y los cielos a punto de cerrarse.  
Los faros entre las estrellas  
perdieron el zafiro.  
Se desvaneció el mundo  
y la noche aún permanece.  
Están regresando muchos muertos.  
Algunos vivientes han desaparecido:  
los celajes infrarrojos denuncian  
sus pasos por los aires.  
Perece toda carne,  
el mar se marchita gota a gota.  
Todos los montes se abajaron.  
El llanto llegó al fin del río.  
Se siente en el sabor del vino  
tu venida.  
Por los trigos se mece un semblante  
de tu reino.  
Y la ciudad, Jerusalem,  
en el espacio.  
Las tribus, David,  
en una estrella se reúnen.  
Elías se las lleva  
y vuela por las tierras de Enoc,  
ya descubiertas.  
Juan engendra cielos nuevos.  
Y horizonte en las tinieblas.  
Ya el silencio  
a punto de retumbar de gloria.  
Y los pobres todavía  
titilando como el cielo,  
con el hambre y la sed  
de tu figura,  
con el hambre y la sed  
de la injusticia,  
con la muerte del amor  
en cada hostia,  
con el abandono de ti,  
en cada cáliz.

Ven Señor, no tardes.  
Maduró la higuera.  
Nunca más verano.  
Las uvas de la vid  
anunciaron tu muerte.  
Véndame el diario de la próxima semana.  
Espero las últimas noticias,  
la corona de vida prometida  
a todos los que amaron tu retorno,  
a todos los que siguen tu camino.  
Te queremos en tierra, en carne, en reino.  
No moriremos antes de verte.  
Desvalidos y solos,  
queda con nosotros.  
La cena está servida.  
Parte el pan, amigo,  
y callemos.

## IV

Sólo contigo estaremos todos juntos  
los que debemos conocernos,  
y nos amaremos todos  
los que debemos amarnos.  
Cuando todo pueda ser de otra manera  
y nada se concluya.  
El mañana nunca tendrá un después.  
Los espacios serán una sola distancia.  
El mar no consumirá sus aguas.  
Sólo contigo se volverá del sueño  
para encontrar compañía.  
Tu presencia y tu figura en todas partes.  
No se perderá una sola mirada.  
No sentiremos frío. ¡Tu cálida mano!  
El hambre, la sed... ¡Oh ríos, paraíso!  
No caerán las hojas del otoño.  
Todas las voces tendrán tu palabra.  
Todos los cantos, mi amor, tu alabanza.

## V

Santiago, viejo mayor,  
padre de toda soledad,  
hasta las frías piedras de Compostela.  
Perdiste la memoria de la noche.  
Se te cayó, peregrino, el silencio.  
Y nos dejaste canto o muerte,  
un camino siempre.

## VI

¿Dónde estás, Pedro?  
¡Qué historias de unas llaves!  
Siempre amé tus lágrimas  
y la alborada  
en el reino de los gallos.  
Al fin, un día, pescador,  
te volviste océano,  
y la nave vio en tus aguas  
la escritura del cielo.

## VII

Verás al fin que el mundo  
es sólo huella.  
Y lo más hondo de tu sangre,  
río ajeno.  
Un día al fin reunirá  
mis huesos alguien.  
Y tú mismo serás toda mi alma.